

embriones animales corresponden los *óvulos* ó *glóbulos* corpóreos, que delatan el nacimiento y presencia de seres pequeños, microscópicos, y acaso hasta ultramicroscópicos.

Localizar, del latín *localitas* — Bueno es localizarlo todo y localizarlo armónicamente en el espacio. Falta después de esto lo contrario á localizar, *generalizar*; para obtener así el otro extremo, de cuya concordancia resulta la función.

El egoísmo localiza el bien en el yo individual. Lo que se ha llamado altruismo, y se califica mejor como *abnegación* de sí propio, mueve por el contrario á generalizar el bien.

Loco, del latín *loqui*, hablar.— Quien tiene enfermo el juicio.

Las enfermedades de la función de pensar son tan variadas como las del cuerpo. Se llama loco al que ha perdido la función de asimilarse la naturaleza exterior, convirtiéndola en leyes ó ideas. Entregado á ideas de su vida pasada, reproducidas automáticamente, no idealiza lo exterior; realiza simplemente lo interior sin armonizarlo con la realidad externa.

Se distingue de los animales en que tiene razón, pero extraviada y rebelde á su propia ley. El animal siente á su modo y obra de acuerdo con la exterioridad. El loco realiza sus fantasías sin juzgar, ni siquiera sentir, rectamente: ha perdido el juicio, que es uso práctico del pensamiento.

Locomoción, del latín *locus*, lugar, y *moción*, función de movimiento.—Función de trasladarse espontáneamente de un lugar á otro.

Nada acredita mejor la relación de un ser viviente con lo indefinido, que esta independencia con que marcha por el suelo, surca las aguas y se eleva en el aire, sin necesitar y á veces

contrarrestando, los impulsos externos.

El músculo se contrae por un mandato de la voluntad, como si le moviera mecánicamente un resorte, y tan es así, que si conociéramos este resorte mecánico, dejaríamos de llamar vivo al ser que le contuviera.

La vida que sentimos es todo lo contrario al sentimiento de fuerza venida de fuera.

Lóculo, del latín *loculus*, lugar pequeño.—La cavidad pequeña, que circunscriber las paredes de los embriones, células y microbios más ó menos lobulosos ó globulosos.

Lodo, del sanscrito *li*, disolver.— El limo y el barro son formas del lodo, con el cual se compara el hombre en un arranque de modestia.

Ni tanto, ni tampoco, sino término medio, más ó menos, mejor ó peor.

Logaritmo, del griego *lógos*, razón, y *arithmós*, número.—Se pregunta Renouvier si la cadena logarítmica podría llevar á resultados prácticos como puede siempre llevar la cadena ó serie exponencial ó positiva.

Pero el retroceso ha de encontrar aquí las mismas limitaciones que la función aritmética inversa; imposibilidad del fraccionamiento de la inconmensurabilidad y de la negación indefinidamente prolongadas, en aquellos procedimientos en que se ha de partir siempre de algo no fraccionado, mensurable y positivamente determinado.

En general estos problemas son insolubles; en particular cabe la posibilidad de resolver; geoméricamente los que no lo sean aritméricamente; y por el cálculo infinitesimal y con las reservas consiguientes, los que se emancipan del poder de la Aritmética, del Álgebra y de la Geometría.

Lógica, del griego *logos*, discurso.—Ciencia que se contrapone á las matemáticas, como polo ideal, y reservado para la calidad, la ley y la función subjetiva de la vida humana.

Hay funciones lógicas, como hay funciones matemáticas. Pero las funciones matemáticas son relaciones entre cantidades determinadas ó determinables; y las funciones lógicas son relaciones en que toma parte necesariamente un principio de indeterminación.

Sin embargo, la Lógica puede estudiarse en lo que tiene de forma estática; en sus leyes constituidas y en las relaciones necesarias entre estas mismas leyes. Tal estudio es el que se llama lógica formal, y al que se consagró asiduamente Aristóteles, con éxito satisfactorio, á pesar de que él dudaba haberlo conseguido después de hechos para este fin esfuerzos excepcionales.

La lógica práctica, que pudiera llamarse viviente, ha sido también estudiada por Hegel con admirable perspicacia; pero con resultados imperfectos, por no haberse fundado suficientemente este autor en el criterio de la relación.

Relacionar teórica y prácticamente el contenido lógico con el contenido matemático, para estudiar la vida ejercitada entre ambos elementos, es la aspiración de la *Ciencia viviente*.

Lógica formal.—La lógica formal es la fase positiva de la lógica viviente.

La lógica viviente es el pensamiento mismo, la inteligencia; función que puede considerarse á sí propia en absoluto, como hace Hegel; pero que necesita relacionarse con las vidas sensitiva y vegetativa, y con los extremos cósmico y acósmico; entre los

cuales figura el hombre con sus tres vidas: vegetal, animal é inteligente.

Del pensamiento en su actividad viviente pueden sacarse, en un momento cualquiera, á manera de fotografías, y éstas son las que constituyen la lógica formal.

Fotografiadas las funciones intelectuales, quedan escritas, como leyes, como generalidades inmóviles en la conciencia; y con estas generalidades inmóviles, se hacen proposiciones, silogismos y toda suerte de combinaciones, como pudieran hacerse con trozos de cartón.

Las leyes inmóviles pueden servir fraudulentamente de *substancia* á fenómenos móviles y fenómenos inmóviles; pueden servir, á su vez, fraudulentamente de *substancia* á las leyes móviles, aunque esta última substancialidad sea más violenta que la otra.

Concíbase el movimiento práctico entre polos teóricos, imposibles en la práctica si ellos mismos no se limitan mutuamente; y se habrá extirpado la cizaña substancial, dejando que prospere la relación.

La relación es la que *hace* compatible en lógica viviente, los polos incompatibles en lógica formal.

Lógica viviente.—No hay que entender la lógica como una ciencia puramente formal, como una descripción de las leyes del pensamiento. Es, sin duda, activa, como quieren muchos filósofos.

Mas no por ser activa la lógica individual, deja de ofrecer también un aspecto pasivo, correlativo con el otro. Sin este aspecto pasivo, no sería representada por leyes objetivadas en el pensamiento humano.

Cierto es, que no han de estudiarse sólo las leyes objetivadas en el pensamiento propio, ni las objetivadas

en los libros por un pensador cualquiera; pero ellas son el tipo teórico de la práctica, ó sea de la función en que la inteligencia dicta sus leyes propias.

Esta función es la lógica viviente, y todavía la lógica (el logos) no es todo, ni aun llega á ser cosa alguna, si no se refiere, á la par, á algo relativamente definido y á algo relativamente indefinido. La lógica viviente, que se estudia *en general*, ha de vivir en particular en un ser humano, y ha de reproducirse en general hasta perderse en el mar sin orillas que se llama *universal*.

Lógico, del griego *logos*, discurso.—El polo de la vida que se contrapone al matemático, enfrente del cual oficia como negativo. En este polo se acumulan elementos lógicos, que en un sentido son sinónimos, y en otro se distinguen por relaciones particulares

A un solo grupo corresponden las palabras y conceptos: idea, ley, y generalidad, de cuyas fuentes se derivan generación y tantos otros elementos del pensamiento y del lenguaje, pero idea se usa para significar el concepto lógico común en sentido abstracto y relacionado solo con las funciones del pensamiento; generalidad es la idea significada con un cuerpo ideal; y ley es la misma idea significada con un cuerpo ideal y relacionada además (como coeficiente indefinido): 1.º, con todas las funciones de la síntesis viviente; y 2.º, con lo no viviente, transformado en causa activa que interviene en el proceso experimental externo.

Lo mismo la generalidad que la ley han de concebirse con la libertad, que aporta la idea, al confeccionarse y

sentirse confeccionada en el pensamiento.

Logística, de lógica.—Ciencia del pensamiento, ó sea del código de ideas, de las generalidades, de las leyes impuestas al pensamiento mismo y á la práctica, así interna ó ideal, como externa, á la que se ha dado el nombre de real.

La lógica formal (teórica) degenera á veces en metafísica y aun en física. La lógica práctica se refugia entonces, consciente ó inconscientemente, en el pensamiento, aparentemente inmovilizado; y allí vive escondida, eludiendo los peligros que le amenazan por todos lados.

Hay lógica en los hechos, y lógica en las ideas. La lógica de los hechos se llama inducción, la de las ideas deducción. Ambas se completan y se justifican mutuamente. Su colaboración es indispensable.

Lógico, ó como se dice, psicológico, ha de ser forzosamente el método en filosofía. Cualquier otro método es rechazado como espúreo por la madre filosofía.

Hasta lo matemático se debe *subordinar* á lo lógico; por más que lo matemático, como ciencia, venga á formar parte de la *función lógica de pensar*. En esta función se distingue lo matemático de lo lógico, y aun se impone la lógica como ley de jerarquía superior en la práctica indispensable de la síntesis viviente.

Loro, del pájaro que articula con claridad, *lori*.—Los hombres nos parecemos mucho á los loros, cuando usamos las *palabras* sin pensar bastante los conceptos que ellas mismas significan hasta en su propia estructura.

La anatomía de las palabras puede *sugerir* la fisiología del pensamiento;

pero el cadáver palabra dista mucho de ser el pensamiento que la diseña.

Profundizando *más ó menos* en la labor de estudiar el sentido de las partes de que se compone cada palabra, después de haber profundizado el sentido de la palabra misma y de las partes de la oración relacionadas entre sí; es como se llega por inducción hasta el concepto viviente de la conciencia, ó sea del sentimiento consciente de sí propio.

Desprovisto por completo de esta inducción, correlativa con una deducción fecunda, pronuncia el hombre palabras como las pronuncia el loro.

Lote, del alemán *hlot*, suerte.—Cada ser viviente trae un lote al nacer. En esta lotería nadie se exime de traer billete. No le paga al entrar en el ámbito de la vida; pero le suele pagar muy caro antes de salir. Lo peor es que no hay expendedor á quien echar la culpa del billete. Los responsables somos nosotros, que le presentamos al entrar, porque sin él *no pasaríamos*. Lo importante es *pasar*, aunque asumamos necesariamente la responsabilidad.

Lúbrico, del latín *lubricus*, resbaladizo.—En el equilibrio moral no es lícito caer, y de caer está cerca el que resbala. Se califica de lúbrico al que en la función genésica siente apetitos disconformes con la ley moral.

Lucha, del latín *luctus*, conflicto.—Antagonismo no conciliado por transacción correlativa.

La vida es una lucha, una guerra intestina. Pero también es una concordia, una paz, una armonía.

Sin lucha en absoluto y sin paz en absoluto no se vivirá.

La vida es eminentemente *transacción*. Para transigir hay que luchar,

pero se debe luchar para transigir.

Pongámonos, sin embargo, en el punto de vista de la lucha.

¿Es esta lucha por la existencia (Darwin) ó por la potencia (Nietzsche)?

Es función de ambas cosas: se lucha en la vida real para realizar en ella la ideal.

La vida ideal da la potencia; la real la existencia, de la función viviente.

En la lucha por la existencia no suelen prevalecer los mejores, como quiere Darwin, sino los más fuertes. No es cuestión de calidad, sino de cantidad.

En la lucha por la potencia prevalece la calidad; porque con ella se relaciona el poder, la actividad; y por el contrario, con la cantidad se relaciona más bien, lo subordinado, lo pasivo dentro del ejercicio de la función viviente.

Luciente, de luz.—Lo que da luz.

Quien hablara de luz, independiente de toda obscuridad, sería como quien hablara de movimiento con exclusión de los cuerpos que se mueven. Así, limitada siempre por alguna obscuridad, es la luz interior indispensable; y lo que en física se llama luz, sólo es un accidente externo, para el hombre que se llama hombre al sentir su luz interna.

La concepción de los polos del pensamiento (saber é ignorar) tiene en lo físico su fórmula luminosa en la polarización sombra y luz.

El *fiat lux* equivale á la creación del entendimiento, suponiéndole inmóvil y detenido en un momento de su evolución. Creación de luz en la tierra es desaparición de las distancias nebulosas, que esconden los objetos inaccesibles al tacto, con aparición

simultánea de otras distancias relativamente ideales.

Lucifer, del latín *lux* y *ferre*.—El que lleva luz.

Quien lleva la luz en su seno es el pensamiento en cuanto *sabe*. Quien lleva la sombra en su seno es el pensamiento mismo en cuanto *no sabe*.

La insolencia del saber es la que le hace olvidarse del no saber; en cuyo caso el no saber no se olvida del saber, y actuando subterráneamente, le priva de base firme, le hace caer y precipitarse en los infiernos, por no haber contado con el cielo de las creencias, limitativo del saber en absoluto.

Desde entonces queda al saber puro un enemigo, á propósito para contaminarle llevándole al mal, en lugar de sugerirle el bien como debiera hacerlo.

En este caso de llevar el mal vale más la inocencia, el no saber, cándido, immaculado; que el saber manchado con el pecado original de una objetivación monstruosa, y nunca libre del defecto contraído en el acto mismo de su caída desde el supremo sujeto (inmaterial simbolizado) hasta el ínfimo objeto (material simbolizante).

El pensamiento que concibe á Dios como supremo bien concibe simultáneamente á Lucifer como supremo mal.

Ambos conceptos son simbólicos, porque exceden los límites de la inteligencia humana; mas aun dentro de ésta, se concibe muy bien la *luz immaculada* (sujeto) manchándose forzosamente al hacerse el sujeto, por su propia cuenta, pensamiento humano.

Lucrecio, filósofo epicúreo, que tradujo al latín las teorías de su maestro, venerándole como á un Dios.

Atribuyó el origen de la lengua á

la Naturaleza y á las necesidades humanas; y la brújula de su pensamiento no se apartaba nunca de lo objetivo y material, con desprecio del polo ideal, correlativo indispensable del que blasona de real.

Lucubrar, del latín *lucubrare*, volar, y *lucere*, lucir.—Vuela y luce quien estudia el pensamiento (lucubra). ¿Le sirve esto de algo? ¿Sirve á los demás?

Le sirve por de pronto para tranquilidad de su conciencia. Puede servir de mucho á los demás, si utilizan su obra para continuarla y perfeccionarla en la medida de sus fuerzas.

Luego, de lugar.—Equivalente á *después*; sin lugar presente, pero sí inmediato.

Se dice luego, en relación á lo que *está* más cerca en el tiempo, tomando como lugar *la estancia en el tiempo* mismo.

Lugar, del latín *locus* y del griego *lóchos*.—Estancia en el espacio, correlativo con la *inestancia*, como lo está ya en general el espacio mismo con el tiempo.

Algún lugar ocupa todo en el mundo. Este lugar tiene dos aspectos: objetivo y subjetivo en forma de ley. La ley hace en lo interno lo que en lo externo, el lugar propiamente dicho; se conserva como estancia, correlativa con la inestancia del tiempo.

Lujuria, del latín *luxus*, suelto.—Libertad excesiva é inmoral, concedida á la función generatriz del cuerpo. Lujo ó riqueza insana y exterior con daño de la riqueza interna.

Lumbre, del latín *lumen*.—Foco de calor y de luz.

El mundo inorgánico ni es ni puede ser inactivo; lo único que le falta es la comunicación inmediata con lo indefinido. Todo lo definible cabe en

él, así las cantidades y calidades, como el movimiento, los cambios, las fuerzas, con la condición de aparecer todos estos elementos dentro de límites siempre definidos.

La lumbre representa eminentemente las actividades y cambios (producción y destrucción) de lo inorgánico. Allí aparecen el movimiento, el calor, la luz y la transformación química. Falta la electricidad, que es precisamente la función de producir y destruir, realizada por la contraposición de dos polos corpóreamente representados.

Luna, del latín *luna*, que representa *Lucina*.—Satélite de la tierra, dotado de independencia relativa ó limitada. Es como el hijo de familia, ó mejor como el embrión en el claustro materno, un ser independiente; pero con independencia limitada por la mediación de la tierra.

Lo que tiene la luna de independiente respecto de la voluntad, digámoslo así, de la tierra; se halla de nuevo limitado por la voluntad del sol, ó de cualquier otro astro posible, sin confundirse jamás con la independencia, *relativamente total*, del ser viviente. El vegetal más insignificante podría vanagloriarse de que el Universo inorgánico es para él un inmenso satélite, muy capaz de aplastarle á cada momento con su masa; pero entre tanto obligado á obedecer más ó menos á la intervención de su espíritu.

Lustre, del griego *luké*, luz.—Luz reflejada en la exterioridad, que es mera *apariencia* y puede ocultar ó disimular una obscuridad interna.

Luto, del latín *lugere*, llorar.—El desconsuelo que sufre el ánimo ante el mal inevitable, se simboliza bien por el color negro.

Cuando el ser comienza á vivir, todas las páginas de su vida están en blanco. Cuando termina su vida, se cierra el libro, y lo blanco se torna negro.

Sobre lo blanco de la substancia escriben los substancialistas toda la filosofía, y se les antoja todo negro si les falta esa substancia.

Luz, del sanscrito *lanca*, ver.—Símbolo exterior de lo inmaterial.

Ya es la atmósfera gaseosa lo inmaterial ó espiritual relativamente al sólido y al líquido. De esta manera la siente el tacto; pero un sentido superior coordinado con la inteligencia, no siente en ella cosa alguna mientras no media la luz.

Es la luz como la ley, el fenómeno de lo infenomenal, ó lo infenomenal respecto del fenómeno inmediato.

Como luz se concibe á la inteligencia misma, en cuanto se asemeja el sentido íntimo reflexivo á la visión externa. Esta es símbolo de ciencia; el oído, lo es más bien de sentimiento correlativo con el saber práctico: la creencia.

La luz, ley de la naturaleza, hace dentro de ella las funciones de la inteligencia; relaciona los cuerpos entre sí, y ella misma se distingue en colores ó sea en calidades abstractas del reino inorgánico, y símbolos de las ideas y hasta de ideales y fantasmas que se dibujan en horizontes imaginarios.

La luz atraviesa algunos cuerpos como la inteligencia informa á los seres que de ella participan. Los cuerpos atravesados la modifican cada cual á su manera, desviando y polarizando sus irradiaciones.

Todo esto lo hace la luz del firmamento, la luz relativamente positiva, con regularidad y constancia experi-

mental; porque mora entonces precisamente en el polo opuesto á aquel en que resplandece la libertad, y en que la luz revela, no ya solamente la ley hecha, y menos su símbolo exterior, sino la confección misma de una ley interna, ó sea de la ley reflejada por el calor del sentimiento correlativo.

Lycon, orador ateniense, que no habría figurado en la historia filosófica si no hubiera sido acusador de Sócrates.

Así se observa el raro fenómeno de que los malos consigan á veces en el mundo tanta ó mayor celebridad que los buenos.

En cambio la celebridad de los malos debería ser para ellos una especie de infierno, si llegara á su noticia.

Así y todo, se observa otro fenómeno, también raro á primera vista: que el ansia de celebridad mueve á algunos á procurársela aun sabiendo que ha de ser mala.

LL

Llama, del latín *flama*.—Ha servido generalmente para simbolizar el pensamiento y el alma, y es, en efecto, el símbolo adecuado. La llama es en la Naturaleza inorgánica lo que en la viviente la definición de lo indefinido; el sentimiento de la ley, cuyo reflejo es su propia luz. Arde el gas como se define para sí propio lo indefinido, revelándose por el calor del sentimiento y por la luz de la reflexión.

Lllamar, de clamar.—Análogo á evocar ó vocear.

Se llama á los objetos exteriores tal ó cual cosa. A los pensamientos no se los llama hacia fuera procurando realizarlos; se los *evoca* por dentro con deseo de formarlos. Ellos acuden bien ó mal cuando se quiere, como las cosas cuando están á nuestro alcance; y si no acuden siempre tan bien como se quiere, es por lo mismo que tampoco están siempre á nuestro alcance.

¿Cómo evocar algo nuevo en los antros de la ignorancia humana? Por fortuna hay una *apelación* evocativa ingénita y consubstancial (que diga-

mos) con la conciencia; el hambre de saber.

El entendimiento no ve esta evocación, porque no ve más que leyes hechas ya dentro de sí; pero ella grita en forma de sentimiento, y la *función común* la oye y corresponde cuando quiere y no siempre como quiere.

Nada sería el acto presente de la inteligencia, si no se evocaran los recuerdos de lo pasado y las anticipaciones del porvenir.

Evocado esto, falta darle un nombre, designarlo con una palabra, que es la *llamada* á significar los conceptos formados ya, y oportunamente evocados.

Las palabras contestan como se *llaman las cosas* definidas y definibles. Sólo Dios, y sólo en forma de libertad y potencia humana, contesta á lo que se evoca, ofreciéndoselo en forma de ley á la construcción intelectual.

Llanto.—El llanto es la lluvia de la tempestad del sentimiento; puede significar el placer y el dolor, con tal que siga á una gran tensión, á un an-